

Ir al colegio

Jon Arretxe



Las nubes se juntaban y se rehuían, como hacen los niños en algunos juegos, señal inequívoca de que el tiempo iba a cambiar varias veces a lo largo del día. Era mayo.

Yo había regresado a casa de mis padres, a la casilla de salida, porque una voz, en un sueño reciente, me había invitado a recorrer una vez más, después de tantos años, uno de mis primeros caminos: el camino del colegio.

El primer tramo, el más alegre de todos, atravesaba de punta a punta la calle del Parque. Apenas tardábamos unos minutos en recorrerlo. Saltábamos de tienda en tienda alzando las manos hasta tocar, con la punta de los dedos, el faldón de los toldos recién estrenados.

Como en una romería, se iban juntando las aguas de todos los regatos, y al final de la primera cuesta, cuando habíamos alcanzado ya la calle Urdaburu, éramos una bandada densa y chillona.

Una tarde al volver del colegio vimos cómo se levantaba, pilar a pilar, como si fuera una catedral de barrio, la pista de autos de choque.

Aquellos días, entre el olor a goma quemada y a electricidad, aprendimos a fumar, a distinguir los aromas del sexo, y a conducir hacia atrás, usando sólo una mano.

También aprendimos canciones que hablaban de oscuros rincones donde todo estaba permitido. Todo, menos chocar de frente.

Llegados a este punto del camino, la calle Urdaburu, se presentaban dos opciones: o bien torcíamos a la derecha, serpenteando cuesta arriba por la calle Ernio y la calle Irumugarrieta hasta coronar lo más alto de la avenida de Galtzaraborda, o por el contrario, trepábamos por un sendero empinadoísimo, una auténtica pared de hierba y barro que salvaba el desnivel por la vía más directa.

Normalmente, tomábamos un camino a la ida y otro a la vuelta.

Uno de los itinerarios, el de la calle Ernio, era más urbano. Discurría entre los primeros rascacielos que vimos en nuestra vida. El otro, el del terraplén, al ser más rústico, era menos recomendable para los días de lluvia.

Ese día que regresé a casa de mis padres, me detuve a fumar un cigarro antes de decidir el camino que iba a tomar. Entonces me acordé del farmacéutico de la calle Urdaburu, de lo poco que apreciaba nuestros juegos, y de cuánto le hacíamos rabiar.

Había días que nos servíamos de las lunas del escaparate de su farmacia para hacer muecas que al reflejarse en el cristal, se convertían, como por arte de magia, en imposibles y desternillantes vuelos.

Algunas veces, incluso salió a la calle tras nosotros, persiguiéndonos como un fantasma, arrastrando su bata blanca y su pena.

También recordé al zapatero remendón, que se anunciaba con un cartel pintado a mano que colgaba del balcón de su casa. Y de cómo añadió en él "Se arreglan balones", cuando vio las riadas de chavales que pasábamos frente a su casa cuatro veces al día, camino del colegio.

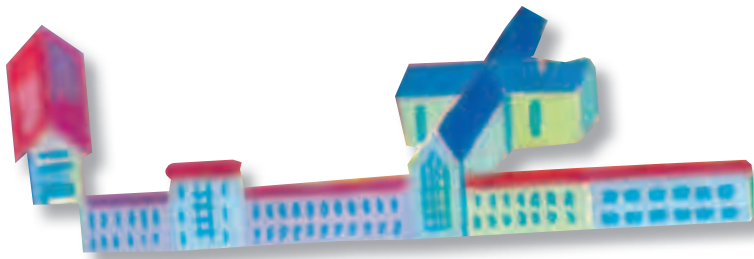
El aire traía la sal y el olor dulce de la chatarra del puerto. Ya faltaba menos para llegar al colegio.

A lo lejos, las grúas eran gaviotas que picoteaban la cubierta de los barcos.

Enseguida reparé en él. Estaba en el camino, unos pasos por delante de mí, erguido como un faro, atento a los trabajos y a los cargueros que se cruzaban frente a la bocana. Era mi padre.

— Cuando cumplimos la segunda mayoría de edad, a los dieciocho años de morir, salimos a los caminos que solíamos frecuentar en vida —me dijo mi padre.

— Yo, aunque sigo vivo, o al menos eso creo —le contesté—, estoy recorriendo, como cuando era chaval, el camino del colegio.



— Si quieres, te acompaño. Yo voy a la fábrica. No olvides que también éste era mi camino.

Era la primera vez que lo andábamos juntos. Aunque durante muchos años compartimos el mismo itinerario, mi padre, cuando iba a trabajar, lo recorría algunas horas antes que yo. Los padres y los hijos nunca vivimos el mismo tiempo.

Algunas madrugadas, sobre todo en invierno, para no andar a horas tan frías y oscuras por el monte, el *aita* bajaba hasta la parada de Iztia a coger el autobús.

— Imagínate qué dormidos solíamos viajar que, una mañana, uno del barrio que trabajaba en Trintxerpe, se había puesto los calzoncillos por encima del pantalón. ¡Y nadie le dijo nada!

Desde el montículo donde nos acabábamos de encontrar hasta el caserío Esnabide, el camino se hace más suave y llevadero.

Donde ahora están las piscinas, hubo un campamento de gitanos. Los niños pasábamos frente a sus chabolas con curiosidad y respeto.

“Ciudad de dolor y almizcle, con las torres de canela”.

Una tarde de escuela, llegaron en sus Land Rover y le dieron fuego a todo.

“La guardia civil se aleja por un túnel de silencio mientras las llamas te cercan”.

Aunque, todavía, los maestros no hablaban de Federico García Lorca, sus versos crecían entre la hierba quemada, en el camino hacia el colegio.

“¡Oh ciudad de los gitanos!

¿Quién te vio y no te recuerda?”

A la entrada del caserío, junto al montón de leña cortada, había una piedra de afilar, *zorrozta-rria*, (así la llamó mi padre), que giraba sobre un eje cuando dabas vueltas a la manivela. Era una piedra arenisca, ancha y redonda, que descansaba sobre una estructura de madera. Si no es fácil comulgar con piedras de molino, tampoco debe serlo con piedras como ésta.

De chaval, el *aita* trabajó como “morroi” en el caserío Mihura de Lezo. Por eso, al pasar junto a la piedra de afilar, distinguía cada uno de los olores del caserío Esnabide.

— Por aquí huele a maíz. Y un poquito más allá, a hierba recién cortada. Ese olor es de los bueyes, y ese otro, el de la sidra. El horno del pan, la madera tallada, y los olores de las herramientas y el requesón.

Todas las veces que, de niño, pasé junto a la piedra, la hice girar.

— Esto que te cuento —me dijo mi padre—, ocurrió hace muchos años. Una mañana en este mismo sitio, cuando iba a trabajar, me fijé en un pajarito que volaba junto a mí haciendo el camino a mi par. Era un gorrión, un simple gorrión. Parecía uno de tantos, pero no lo era. Volaba un trecho hacia adelante, y volvía otra vez hacia mí. Y así una y otra vez. Era incansable. Como los perros y algunos niños. A ratos, se posaba en el suelo y caminaba a mi lado, dando saltitos de contento. Iba y venía mil veces. Si se adelantaba, me esperaba luego para que lo alcanzase. Y piaba para indicarme que nos habíamos vuelto a encontrar.

Cuando llegamos a la entrada de la fábrica, se posó en mi hombro derecho, me pió algo al oído, y se echó a volar. Se fue para siempre.

Algunos días, si salías tarde de casa, tenías que hacer el camino totalmente solo. Era una sensación muy extraña, comparable a la que se experimenta en algunos sueños, no precisamente en los mejores.

Las pocas personas con las que te cruzabas por la calle se sentían autorizadas para decirte algo porque llegabas tarde al cole. Algunas se reían y te gastaban bromas porque te iban a castigar. Otras, reconociendo que también fueron niños, te dedicaban palabras de aliento.

A un lado del caserío, un poco apartado de la entrada principal, estaba el pozo negro, en el que se vertían los orines de las cuadras.

Una tarde, cuando volvíamos del colegio, hicimos una apuesta para ver si alguno de nosotros se atrevía a meter el pie en aquel agujero inmundito.

L.F., que siempre era el más lanzado, se quitó la bota y el calcetín, apartó la tapa de madera que cubría el pozo, y metió la punta del dedo gordo de su pie descalzo, con tan mala suerte que perdió el apoyo de la otra pierna y “coló el zancarrón hasta los huevos”, como solía decir J.M. cada vez que lo contaba.

Le acompañamos hasta su casa. Él caminaba despacio, con la pata chula y llena de mierda. Y nosotros, tapándonos las narices y guardando las distancias.

Las hojas más altas de los árboles que sombream Esnabide empezaron a murmurar para avisarnos que venía la lluvia.

El *aita* abrió un paraguas, en el que yo no me había fijado hasta entonces.

Bajamos la pendiente dejando las huertas a un lado.

— Este de ahora, es el auténtico olor del caserío —me dijo.

J.M. sacó de su bota *katiuska* una revista de chicas desnudas. La llevaba tan plegada, tan escondida y tan sudada que, cuando la extendió delante nuestro, no fuimos capaces de distinguir ni a las chicas ni nada.

Casi sin darnos cuenta, habíamos llegado junto al depósito de aguas. La Ciudad Laboral Don

Bosco estaba ahí mismo, con su laberinto de aulas, patios, y recuerdos.

Al fondo del valle, casi frente a nosotros, brillaba como un espejo el solar donde estuvo Luzuriaga, la fábrica en la que el *aita* trabajó tantos años.

— Todo se acaba —resumió. También los caminos. Y los trabajos... y las vidas.

Nos despedimos ahí mismo, con un abrazo largo y solemne. Sonreímos porque, cada uno por su cuenta, teníamos la certeza de que nos volveríamos a encontrar, aunque él estuviese muerto.

Bajé las escaleras sin mirar atrás, escapándome de algo más que de la lluvia.

Entré en el colegio.

De pronto, me di cuenta de que me había quedado sin saber qué le dijo a mi padre aquel pájaro, cuando le habló al oído.

Volví al camino y sólo estaba la lluvia.



Ir al cole. Ilustración de Ion Arretxe.